

Cuentiembre2-Teresa Barbón

ladybird12 (Teresa Fernández-Barbón Fernández)

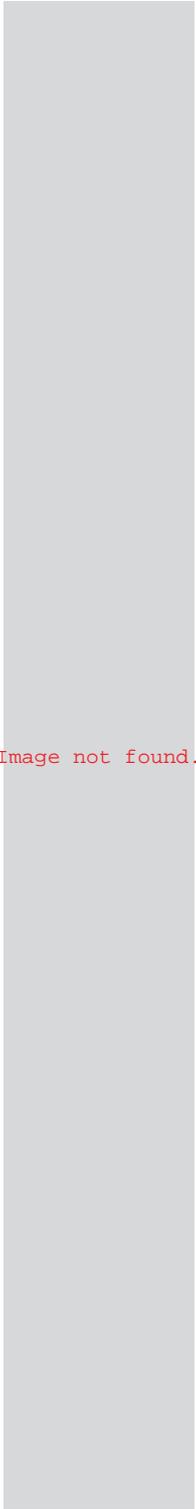


Image not found.

Capítulo 1

Alrededor todo oscilaba entre el negro y el gris, pero en la taberna de Tomás el Ganchudo, eso quedaba en un segundo plano. La gente bebía vino malo a la luz débil de la única bombilla que pendía del techo. Todo valía, más o menos, con tal de poder dejar aparcadas por unas horas las cartillas de racionamiento, el pluriempleo. En la radio la voz de Concha Piquer se mezclaba con las risas y las conversaciones. Dentro del local solo se respiraba humo de tabaco de picar y olor a vinazo. Sentados en una de las mesas de la esquina, tres amigos, conocidos por su afición a la juerga y a las bromas, apuraban sus últimos chatos antes de irse a casa a cenar. Basilio, el de Bernardo, líder del grupo, se dirigió a los otros dos con aire risueño.

-¿Qué os parece si pedimos una ronda y el que no consiga acabarla sin derramar una gota, le pide un plato de potaje a la mujer de Tomás y va al cementerio a ofrecerselo a los muertos?

- ¿Con este tiempo? dijo Miguel. Ahora en el cementerio no habrá quien pare.

-Bueno, basta con que se vaya a los de los nicho ¿Hace?

Los otros dos, Miguel el de la cantera y José Luis el de casa de Oliva, después de consultarse con la mirada, aceptaron el órdago de Basilio

-Hecho, dijo Miguel ¡Tomás otra ronda!

Pero en vez de el tabernero, fue Jesusa quien se acercó a la mesa. Mientras les servía los vasos, aprovechó la ocasión para recriminarles.

-No tenéis ningún respeto. Con esas cosas no se juega

Y después tras hacer la señal de la cruz, se retiró apretando la bandeja contra el pecho. Los tres jóvenes la vieron marchar con una expresión de sorna. Luego de un solo trago apuraron sus vasos. José Luis, el menos hábil de los tres perdió la apuesta.

-Ya sabes lo que te toca, dijo Basilio

-Sin problema le replicó José Luis ¿Tengo que pagar yo solo el plato de potaje?

-Te ayudamos nosotros dijo Basilio

Hicieron cuentas. Cada uno depositó sobre el mantel la parte que le tocaba. José Luis cogió el dinero y se dirigió a la barra. Jesusa negó con la

cabeza, pero su marido le transmitió la orden con la mirada.

-Esto hay que verlo. La pena es que te haya tocado a tí. Me gustaría ver si los otros, señalando a Basilio y a Miguel, son tan valientes.

La tasca de Tomás, se encontraba a dos manzanas de la iglesia. Los tres chicos hicieron el recorrido seguidos por el dueño de la tasca y el resto de los parroquianos. Algunos jaleaban a José Luis o soltaban chascarrillos. Otros, empezaban a intercambiar apuestas. Miguel se giró sobre sus pasos para acercarse a ese grupo de hombres. Basilio y José Luis siguieron caminando juntos. Basilio observó que las manos de su compañero temblaban.

-Venga ya. No irás a rajarte ahora ¿Verdad.

José Luis lo miró con fijeza y le replicó.

-¿Yo? ¿No me conoces o qué? Es solo el frío. No me habéis dado tiempo a coger los guantes.

En ese momento Miguel, que acababa de alcanzarlos, tuvo tiempo de escuchar la conversación y añadió

-Vamos que sería el colmo que siendo el sobrino del enterrador te diese el canguelo. Las apuestas allí atrás están que arden. Acabo de apostar en nombre de los tres por tí. Así que no falles.

-¡Me cag...!

-¡Chiiisst! exclamaron Basilio y Miguel, que si alguno de los de atrás te oye puede denunciarte a los civiles.

Al fin llegaron a la iglesia. El cementerio estaba adosado a un extremo de la fachada norte del templo. José Luis se alejó de sus amigos y se dirigió a la puerta del camposanto. Por suerte la cancela no estaba cerrada con llave. Por lo visto el nuevo guardián estaba otra vez borracho. El joven empujó la puerta, siempre con el plato en la mano. Alguien gritó

-¡Ten cuidado de que no se te coman, uuuuh!

José Luis reconoció la voz, pero no se giró. A él la vista de las sepulturas no le intimidaba ni de noche ni de día. Muchas veces sus padres lo habían enviado allí para ayudar a su tío, de manera que desde bastante pequeño se había familiarizado con los duelos y los efectos que la muerte dejaba en los cuerpos. Con frecuencia el hermano de su madre le repetía.

-Aprende, chaval. A eso quedaremos reducidos un día de estos.

En cambio, una vez que los dos habían tenido que ir a trabajar en el crepúsculo, su tío al verlo temblar le dijo.

-No te apures, chiquillo, de quien hay que temer algo es de los vivos y no de los muertos.

Por eso haciendo caso omiso de las bromas que arreciaban, inició el ofrecimiento por las sepulturas, repitiendo siempre la misma pregunta

-¿Quieres un plato de potaje?

Después se dirigió a los tres panteones. Allí al ir comprobando que el frío hacía mella en los espectadores, a la pregunta añadía algo más de su cosecha.

-A ver Don Herminio ¿No le apetece este potaje? Ya, ya. Ya decía mi abuela que usted era algo mirado para comer... ¿Y usted Doña Concha?

Así hasta que llegó a los nichos. En el muro quedaban solo los más valientes. El resto o se fue a casa o se quedó en el atrio. José Luis los recorrió uno a uno repitiendo la misma pregunta "¿Quieres un plato de potaje? ¿No? Hasta luego" hasta que llegó a la altura de unos nichos que estaban vacíos. Cuando volvió a repetir la maniobra en el último que le quedaba, una mano surgió desde el interior, asió el plato por el canto y una voz de hombre le contestó

-Si, hombre. Muchas gracias.

José Luis se sobresaltó, pero se repuso enseguida

-De nada y que aproveche, pero devuelve el plato pronto porque si perdemos la apuesta pagamos la ronda de todos.